



SUMARIO

PÁGINA

TEMA DEL DÍA

LA *LEX ARTIS* COMO ESTÁNDAR DE LA PRÁCTICA CLÍNICA

- JOSÉ ANTONIO SEOANE 1

PENSAMIENTO ACTUAL

LA MERITOCRACIA A EXAMEN

- FRANCESC BORRELL I CARRIO 24

ARTE, SALUD Y SOCIEDAD

EL PARKINSON Y YO

- FREDERIC W. PLATT 54

HAIKUS COMO SIGNO DE REVOLUCIÓN

- SALVADOR CASADO BUENDÍA 68

Co-directores

Marc Antoni Broggi i Trias (PCBC)
Francesc Borrell (UB)

Jefa de Redacción

Núria Estrach i Mira (UAB/UB)

Consejo científico

Juan Carlos Hernández Clemente
Juan Medrano Albéniz
Vicente Morales Hidalgo

Correspondencia

Web:

<http://www.fundacionletamendi.com>

Correo electrónico:

info@fundacionletamendi.com

Envío de manuscritos:

[http://www.fundacionletamendi.com/revista-fo-
li-a-humanistica/envio-de-manuscritos/](http://www.fundacionletamendi.com/revista-fo-
li-a-humanistica/envio-de-manuscritos/)

Información editorial

Folia Humanística publica artículos por encargo solicitados a especialistas, así como aquellas propuestas enviadas por los autores y aceptadas tras su evaluación por pares de académicos especializados.

Los textos recibidos se publicarán en la lengua original (castellano, catalán, inglés y francés); los que se consideren de relevancia mayor serán traducidos al inglés y castellano.

Los artículos deben ser originales y acompañados del documento "derechos de autor" que encontrarán en la web, junto a las normas de presentación a seguir.

Cada artículo publicado al final tendrá especificado la referencia de citación, donde se incluirá el número DOI ®.

Distribución

La Revista *Folia Humanística* es de libre acceso a consultar online.

<http://www.fundacionletamendi.com/category/revista/>

Folia Humanística es una revista internacional que tiene el doble objetivo de fomentar, por un lado, la reflexión y el debate público en el ámbito de la Salud, Ciencias Sociales y Humanidades, y por el otro, la colaboración entre distintos equipos de investigación nacionales e internacionales que dinamicen el diálogo entre la filosofía de la medicina, la salud pública y la justicia social. Dividida en "Tema del día", (artículos para el debate), "Pensamiento actual", (artículos críticos de novedades editoriales), y "Arte, Salud y Sociedad", la revista se esfuerza en fortalecer las conexiones entre la investigación académica, la práctica clínica, las experiencias de los pacientes y sus implicaciones éticas y estéticas en la sociedad. Todo ello con la intención de favorecer la reflexión entre diferentes disciplinas sobre temas de actualidad y las tendencias más novedosas en el campo de las Humanidades y la Salud.

Folia Humanística is an International Journal, born with the dual aim of fuelling the discussion and public debate on issues of health, social sciences and humanities and on the hand, of fostering cooperation between various research groups, both national and International, to spur the dialogue between philosophy and medicine, public health and social justice. The Journal is divided into three different sections: "main focus" (article for debate), "Contemporary thought" (critical reviews of new Publications) and "Arts, Health and Society" which all contribute to strengthening the links between academic research, clinical practice, the experience of patients and their ethical and esthetical implications for society. Ultimately, the intention of the Journal is to promote reflection at the crossroads of several disciplines on topical issues and new trends in humanities and health.

LA MERITOCRACIA A EXAMEN

Francesc Borrell i Carrió

Resumen: ¿Cuál es el origen del floreciente populismo? ¿La desigualdad, el miedo de las clases dominantes a perder sus privilegios, la rabia de los más desfavorecidos ante la ineficacia de los partidos socialdemócratas? En el presente artículo revisaremos estas cuestiones bajo el prisma de la teoría de la Justicia de Rawls. Vivimos un auge de la desigualdad, pero no cualquier desigualdad: una desigualdad en la que los favorecidos miran por encima del hombro a los menos favorecidos, y no dudan en decirles: “es mi mérito estar donde estoy, si deseas progresar solo tienes que esforzarte como yo lo he hecho”. Esta soberbia meritocrática merece una respuesta, por ejemplo, eliminar o decrementar el valor del mérito. Pero decrementarlo en exceso puede conducirnos a sociedades mediocres, sin suficiente capacidad de innovación. Entonces, ¿hasta qué punto permitir la desigualdad? Hasta el punto “D” de Rawls, aquel en que esta desigualdad deja de tener un retorno positivo para los más desfavorecidos. Este punto “D” no debería cruzarse, pues los daños morales que provoca la tiranía del mérito pueden tener graves efectos sobre la cohesión social.

Palabras clave: *Desigualdad/ populismo/ meritocracia/ Sandel/ Rendueles.*

Abstract:

What is the origin of the burgeoning populism? Inequality?, the fear of losing the privileges of the ruling classes?, the anger of the most disadvantaged at the ineffectiveness of the social democratic parties? In this article we will review these issues through the prism of Rawls's Theory of Justice. We are living a boom in inequality, but not just any inequality: an inequality in which the favoured people look down on the less favoured, and do not hesitate to tell them: “it is my merit to be where I am, if you want to progress you just have to make an effort as I have done”. This meritocratic arrogance deserves an answer, for example, eliminating or decreasing the value of merit. But decreasing it excessively can lead to mediocre societies, without sufficient capacity for innovation. So, to what extent to allow inequality? Up to point “D” of Rawls, the one in which this inequality ceases to have a positive return for the most disadvantaged. This “D” point should not be crossed, since in such a case the moral damage caused by the tyranny of merit can have serious effects on social cohesion.

Keywords: *Inequality/ Populism/ Meritocracy/ Sandel/ Rendueles.*

Artículo recibido: 14 setiembre 2021; **aceptado:** 30 setiembre 2021.

“Soy rico porque he sido listo, inteligente y trabajador; lo que yo he hecho está al alcance tuyo si actúas igual”. Diversos autores han resaltado el papel desmoralizador de este tipo de mensajes (1, 2, 3, 4). Estos autores han pregonado varios argumentos y principios morales:

-PRINCIPIO DEL AZAR: No tenemos ninguna responsabilidad sobre el talento que hemos recibido por vía genética, ni por la suerte de nacer en una familia acogedora que nos ha proporcionado oportunidades de aprender y prosperar.

-PRINCIPIO EMPÍRICO: la mayor prueba de que la meritocracia no funciona es la parálisis del ascensor social. Quienes están en la cúspide de una sociedad con grandes diferencias de riqueza, esgrimen el argumento de que su posición la ocupan por méritos propios. En realidad, se ingenian una serie de estrategias para transmitir a sus hijos ventajas suficientes que les aseguren no perder su posición de privilegio. Estrategias lícitas, pero también ilícitas, como alterar pruebas de selectividad o acogerse a normas excepcionales para entrar en las mejores universidades. Con otras palabras: desnaturalizan e incluso corrompen la lógica de la meritocracia. Una aseveración que puede verificarse empíricamente.

-PRINCIPIO DE LA COHESIÓN COMO INGREDIENTE IMPRESCINDIBLE DEL BIEN COMÚN: La meritocracia conduce a las sociedades que la abrazan hacia una descohesión grave. Por un lado, divide la sociedad entre ganadores y perdedores. Por otro lado, devalúa el bien común. La cosa pública se interpreta en clave tecnocrática: los expertos, gente con titulaciones académicas de gran prestigio, tienen que dirigir las políticas públicas. “La meritocracia actual ha fraguado en una especie de aristocracia hereditaria”, (referencia 4, Sandel, pág. 35), una élite ensoberbecida y egoísta que no necesita la aquiescencia de los desfavorecidos para imponer sus prioridades. De aquí el resentimiento de la clase trabajadora. “Más que una protesta contra los inmigrantes y la deslocalización, la queja populista va dirigida contra la tiranía del mérito” (Ibídem, pág. 37).

-EL CREDENCIALISMO COMO FALSO SUSTITUTO DE LA CAPACIDAD. Nuestra sociedad valora en exceso credenciales que nos postulan como “inteligentes”. Sandel afirma que el credencialismo, (la “titulitis”), es tóxica para la democracia: “Además de vaciar el discurso público, el reinado del mérito tecnocrático ha reconfigurado los términos del reconocimiento social de tal modo que ha elevado el prestigio de las clases profesionales con altas credenciales laborales y académicas, y

ha depreciado las aportaciones de la mayoría de los trabajadores y, de paso, ha erosionado el estatus y la estima sociales de los que estos gozaban”. (referencia 4, Sandel, pág. 43). Las credenciales académicas no siempre equivalen o son garantía de un buen desempeño de las tareas.

-EL CONCEPTO DE IGUALDAD DE OPORTUNIDADES COMO PERVERSIÓN DEL IGUALITARISMO: no basta con tener igualdad de oportunidades ni lamentarnos de la pobreza, es necesario un estado de cosas en que la demanda de esta igualdad de oportunidades sea innecesaria porque la gente parta necesariamente de dicha igualdad. Este sería el proyecto por el que apuesta Rendueles (5). Para él la igualdad de oportunidades es “una perversión meritocrática del igualitarismo” (referencia 5, Rendueles, pág 13). La indignación ante la pobreza extrema, “un proyecto inane” (Ibídem, pág 13), una justificación bien pensante que prolonga un estado de cosas.

Examinemos estos argumentos con algo más de detalle, sin entrar aún a debatirlos.

IGUALDAD DE OPORTUNIDADES Y CREDENCIALISMO

EEUU, cuna de la meritocracia y del sueño americano (el famoso ascensor social) es, sin embargo, uno de los países desarrollados con menos movilidad entre clases sociales, si lo comparamos con países europeos (entre ellos España, citado por el mismo Sandel, referencia 4) e incluso con la China. Quizás por ello, apunta Sandel, la gente vive en EE.UU. una fantasía irreal de igualdad de oportunidades. La realidad es que EE.UU. vive una dinámica de deterioro del bien común, los servicios públicos en particular. Pero ello no es obstáculo para que la gente siga creyendo en el sueño americano. “Como toda retórica potente, mezcla lo aspiracional con lo congratulatorio; afirma la esperanza como si fuera una realidad” (Sandel, pág 104).

Un clima meritocrático precisa del credencialismo, es decir, de que las personas se doten de credenciales que señalen inequívocamente su valía. Quien no ha ido a la universidad (dos terceras partes de la población en EE.UU.) queda excluido

de la gobernanza de la *res pública*. “Gobernar bien requiere de sabiduría práctica y virtud cívica, es decir, de las aptitudes necesarias para deliberar sobre el bien común y tratar de hacerlo realidad. No obstante, ninguna de estas capacidades es fomentada particularmente bien en la mayoría de las universidades actuales, ni siquiera en las que gozan de la máxima reputación. Y la experiencia histórica reciente nos induce a creer que es escasa la correlación entre la capacidad para el buen juicio político -que implica la posesión de carácter moral, además de conocimiento y perspicacia- y la capacidad para obtener buenas puntuaciones en las pruebas estandarizadas y ser admitido en una universidad de élite. La idea de que “los mejores y los más brillantes son preferibles como gobernantes a sus conciudadanos con menores credenciales educativas es un mito nacido de la soberbia meritocrática” (Sandel, Pág. 130). Y concluye:

“Uno de los defectos del enfoque tecnocrático de la política es que deposita la toma de decisiones en manos de las élites y, con ello, desapodera a los ciudadanos corrientes. Otro es que implica el abandono del proyecto de persuasión política. Incentivar que las personas actúen con responsabilidad- para ahorrar energía, para vigilar su peso o para cumplir con unas prácticas empresariales éticas- no solo es una vía alternativa para coaccionarlos, es también una vía alternativa a convencerlas”. (Sandel, pág 141)

Tiene razón Sandel cuando afirma que “asignar trabajos y oportunidades en función del mérito no reduce la desigualdad, sino que solo la reorganiza alineándola con la aptitud”, (Ibídem, pág. 154). Sin embargo, veo más problemática la consecuencia que extrae: “Pero esta reorganización genera la suposición de que las personas tienen lo que se merecen, y ese es un supuesto que ensancha la brecha entre ricos y pobres” (Ibídem, pág. 154). Es decir, y para clarificar el silogismo: Sandel -quizás recogiendo el argumento que ya enunciara Markovits (3)- cree que la atribución de mérito ensancha la brecha de clases. Y, entonces, puede surgir la pregunta siguiente: ¿no será que está hablando de un sistema meritocrático imperfecto o incluso corrompido, muy propio de la era Trump?

LA RELACIÓN ENTRE MÉRITO E IGUALDAD

Si se estuviera refiriendo a un sistema meritocrático corrompido deberíamos preguntarnos: ¿Sería justa una meritocracia perfecta?

Lo esencial de una meritocracia no es la igualdad sino la movilidad, afirma Sandel (4, pág 159). Por ello, continúa, la meritocracia, incluso perfecta, no sería remedio para la desigualdad, sino más bien su justificación. Un sistema aristocrático, como existía en la Edad Media, de transmisión hereditaria de privilegios, resulta para Sandel menos ofensivo para los menos favorecidos. En el sistema aristocrático- feudal los privilegios se justifican por la fuerza de quien la ostenta. No hay paliativos morales y, en este sentido, queda al descubierto lo injusto que este sistema puede llegar a ser. En cambio, en un sistema meritocrático siempre hay la justificación de que un privilegio -una desigualdad- se asienta en un esfuerzo o capacidad singular.

La cuestión clave es si merecemos recompensa por el hecho de destacar en algo, por ejemplo, resistencia física, habilidad de cálculo, pericia manual, etcétera. Si alegamos talento para recibir esta recompensa, deberíamos admitir que lo tenemos por azar, o por genes, o por otras razones de las que, en todo caso, no somos responsables. ¿Y el esfuerzo? Sandel reconoce que sin esfuerzo incluso el más talentoso no sacará provecho suficiente para prosperar. Pero inmediatamente cancela la relevancia del esfuerzo alegando que su importancia se exagera. Como prueba esgrime que los premios no se dan al esfuerzo, sino a algún tipo de resultado. Y el resultado de nuestro trabajo es una mezcla de talento, suerte y esfuerzo. Por consiguiente, nos dice, no vayamos a exagerar la importancia del esfuerzo (Sandel, pág. 163). Un obrero de la construcción puede que se esfuerce tanto o más que un estudiante de cualquier carrera universitaria, declara Sandel.

IGUALDAD Y DESIGUALDAD

Sandel analiza de manera rigurosa las concepciones del liberalismo individualista (Hayeck) y del liberalismo del Estado del bienestar (Rawls), con relación al mérito y a la desigualdad. Hayeck (6) establece que una cosa es el mérito y otra el

valor que asigna la sociedad a este mérito, y no siempre la asignación de este valor es racional. Posiblemente un maestro contribuye más al desarrollo democrático de nuestra sociedad que un bróker, pero cobra una mínima parte de lo que percibe el bróker. Sin embargo, para Hayeck, no se produce injusticia alguna, pues será el mercado quien asigne las remuneraciones y establezca el precio de cada contribución. De alguna manera el mercado “siempre tiene razón”.

Rawls (7), por su parte, niega que pueda existir una sociedad totalmente igualitaria, pues las aptitudes de cada cual siempre marcarán diferencias entre los individuos. Ahora bien, en lugar de poner dificultades a los talentosos, Rawls se inclina por compensar a los menos afortunados (o menos talentosos). Para ello, propone reconocer de antemano que sus ganancias no les pertenecen en exclusiva y que, por consiguiente, deberán compartirse con el conjunto de la comunidad. Para Rawls, las personas que han tenido la suerte de nacer con talento o aptitudes pueden obtener provecho de su buena suerte, pero “solo en la medida en que mejoren la situación de los no favorecidos” (4, Sandel, pág. 169).

Estamos en deuda con la comunidad y por ello tenemos el deber moral de contribuir al bien común, nos dice Rawls (y en este aspecto se separa de las tesis de Hayeck). Pero para Hayeck el valor otorgado por el mercado refleja la aportación real que dicho individuo realiza a la sociedad. Sin embargo, un examen más minucioso, (por ejemplo, lo que gana el propietario de una sala de juegos, versus lo que gana un profesor), nos alerta de que el valor moral es diferente al valor de mercado. Y ello conduce a dos preguntas clave: ¿qué necesidades tenemos como personas? Y ¿qué tipo de deseos promueve la sociedad? Porque de ambas nacerán los precios de las cosas. Por consiguiente, “desde un punto de vista ético, la creación de los deseos correctos es más importante que la satisfacción sin más de los deseos” (4, Sandel, pág 181). Y dicho de otra manera: no nos podemos fiar del mercado porque pone precio a deseos espurios, a modas teledirigidas que pervierten estos deseos.

Entonces, podríamos preguntarnos si una sociedad plenamente racional debería imponer una retribución en base a méritos virtuosos, por ejemplo, pagando

mejor a un educador social que a un bróker. Una sociedad del todo racional actuando así, razona Rawls (7), impondría unos valores determinados al conjunto de la sociedad y, por consiguiente, cercenaría la libertad de sus ciudadanos. Por ello Rawls establece que primero es el principio de justicia, y solo después vienen los juicios de bondad o virtud (4, Sandel, pág. 182-86). La justicia es entendida como aquellas normas de mercado que nos sitúan en una cooperación y competición equitativa. Recibir una remuneración alta no es una cuestión derivada de un juicio de valor, sino derivada de estas normas del juego económico. Pero esta persona que desarrolla sus talentos y se beneficia económicamente, está obligada a devolver a la sociedad una parte, pues sólo se justifica su riqueza por el hecho de que mejore las condiciones de vida de los menos favorecidos. Esta sería la posición de Rawls. ¿Desigualdad? sí, pero sólo la que puede justificarse por el hecho de que eleva el bienestar de todos (7).

Sandel ataca este punto de vista con los siguientes argumentos:

- La visión de Rawls no compensa los efectos morales perversos de la meritocracia: a saber, la “soberbia meritocrática” que genera el resentimiento de los menos afortunados por no alcanzar las metas de los triunfadores. Y tampoco aminora la soberbia de los triunfadores, y su escasa motivación a contribuir al bien común.

- “Insistir en la prioridad conceptual de la justicia sobre el bien convierte la estima social en una cuestión de moral personal” (4, Sandel, pág. 187), cuando en realidad la asignación de honores y reconocimiento también es parte de la política. Para Sandel la revuelta populista se origina en el rechazo que despierta en la clase trabajadora esta asignación del mérito meramente por las leyes del mercado, y el desdén que muestran los tecnócratas y gente favorecida por el sistema hacia los trabajadores menos valorados. Por consiguiente, es urgente que las sociedades cambien las políticas de atribución de reconocimientos y hagan sentir a los menos favorecidos que también ellos son importantes. Observe el lector que esta crítica pone en jaque el principio de Rawls de que las reglas de un mercado equitativo son siempre justas. Por desgracia Sandel no profundiza en este aspecto.

EL CHANTAJE DE LOS TALENTOSOS

Rendueles (5) también coincide en muchas de estas críticas y añade otro argumento: permitir ganancias extremas es un chantaje moral, ya que “renunciamos a la igualdad porque hay alguien que empeorará nuestra vida- o no hará la contribución a su mejora que está en su mano- si no reconocemos sus privilegios.” (5, Rendueles, Pag. 79). Y añade que si lo admitimos es como operar bajo “la presunción de que quienes tienen algo que ofrecer a la sociedad no lo ofrecerían si no tuvieran a cambio alguna clase de privilegio sobre los demás” (Ibídem, pág. 80). Algo parecido a un chantaje: *si no me pagas más, o no me ofreces algún privilegio, no voy a rendir todo mi potencial.*

Sin embargo, matiza que su posición tampoco es la del perro del Hortelano... En este sentido Rendueles critica la “igualdad de la envidia”, eso es, poner palos a las ruedas de los más talentosos sólo porque así “todos nos igualamos por la mínima”, y rescata un interesante texto de K. Marx que define este igualitarismo como una forma de codicia que marca un comunismo grosero, “negación (...) de la cultura y la civilización, el retorno a la antinatural sencillez del hombre pobre y carente de necesidades” (Rendueles, pág. 49 citando a Marx). En otras palabras, Rendueles tampoco se apunta a igualar por la mínima. Entonces... ¿por dónde limitamos las desigualdades? Por ejemplo, ¿permitiría Rendueles que las familias adquirieran un apartamento en la playa, además de su vivienda habitual? ¿Permitiría viajar a otros continentes por el único placer de conocerlos? ¿Permitiría tener dos coches por familia?, ¿permitiría salarios por encima de los 60.000 euros año?...

A Rendueles le resulta más fácil establecer limitaciones “por abajo”. Desde luego tiene menos riesgos -y los lectores se sienten muy a gusto-, con el siguiente párrafo:

“La igualdad es un efecto de una concepción sustantiva de los límites de la competencia, las recompensas, las desventajas y las diferencias de estatus en cada posición social. Tiene que ver con una manera de entender la naturaleza humana y

social en la que decidimos que ciertas posiciones -como el esclavismo o la pobreza o la riqueza extremas- son incompatibles, por exceso o por defecto, con la vida buena compartida y que, por tanto, hay umbrales mínimos para la vida digna que vienen establecidos por un sistema de obligaciones colectivas antes que por derechos individuales” (Ibídem. pág 93.)

Pero estamos en las mismas.... Estas políticas igualitaristas, ¿de qué manera práctica me afectarían a mí, en concreto? Porque puedo sentirme solidario con ellas si afectan al 10% de los más ricos, pero quizás no tanto si me limitan las vacaciones o me obligan a desprenderme del apartamento en la playa, etcétera. Algo de lo que Rendueles se percata cuando dice: “Por eso entendemos la igualdad como el derecho a disfrutar de los privilegios de las élites, no como nuestra obligación de compartir con nuestros iguales” (Ibídem, pág. 123).

PROPUESTAS CONCRETAS PARA SUPERAR LA MERITOCRACIA Y LA DESIGUALDAD

¿Realizan estos autores alguna propuesta concreta que sea aplicable a nuestras sociedades del bienestar? En efecto, Sandel apunta al menos tres propuestas concretas:

-En la admisión a las universidades, acabar con el elitismo. Valorar las notas académicas más que el examen de selectividad, y a partir de unas puntuaciones mínimas, asignar las plazas por lotería. Con otras palabras: superada una nota de corte, las plazas a las diferentes facultades se adjudicarían por sorteo.

-Profundizar las políticas no solo distributivas de la renta (impuestos progresivos), sino también las políticas contributivas. En este sentido, valorar más los trabajos peor retribuidos, e incluso complementar estos salarios por parte del Estado. Ello se lograría pagando al trabajador un plus por hora trabajada que le acercara a una hora retribuida “digna” (=suficiente para vivir si se realizara una jornada completa).

-Acabar con un sistema fiscal que penaliza el trabajo y beneficia los rendimientos del capital. Aplicar tipos impositivos más altos a las transacciones y operativas de Bolsa, así como a los beneficios del capital (en esta línea se han expresado otros economistas, como Picketty,(8)).

Rendueles es mas cauto y aboga por llevar a término políticas basadas en una caja de herramientas igualitarista bien nutrida y sofisticada: “topes salariales, la democratización de los centros de trabajo a través de la negociación colectiva y la cogestión, las intervenciones públicas desmercantilizadoras, la protección de las labores reproductivas, las cooperativas laborales, la oferta pública de empleo de calidad, la nacionalización agresiva de sectores estratégicos, el fortalecimiento a gran escala de las cooperativas, el trabajo voluntario y sí, también, las prestaciones sociales obligatorias -algunas horas al año de trabajo comunitario opcional- que nos obliguen a todos a compartir los trabajos importantes pero duros, aburridos o peligrosos”. (referencia 5, Rendueles, pág. 146).

Desde luego el mercado como regulador tendría poca visibilidad en estas políticas, pues, para Rendueles, el mercado configura una relación “basada en buscar ventaja a costa de los demás” (Ibídem, pág. 102). Pero tampoco se trata de hacer una revolución socialista, ni de suprimir instituciones, al contrario. Las instituciones le parecen una manera muy civilizada de organizar la vida en común, al igual que una burocracia bien entendida.

Dos propuestas concretas le merecen un análisis mas detallado: la renta básica y el aseguramiento de un puesto de trabajo por el Estado. En cuanto a la Renta básica se muestra cauto. Puede incentivar al alza o a la baja los contratos laborales, implica mucha burocracia de gestión y no está claro el coste oportunidad (por ejemplo, si destináramos estas cantidades a enseñanza, sanidad, investigación...) Parece inclinarse por la segunda propuesta, garantizar un lugar de trabajo por parte del Estado, un puesto de trabajo con todos los derechos salvo la negociación colectiva.

EL ESFUERZO COMO REGULADOR SOCIAL

Rendueles y Sandel (también otros autores) no profundizan suficientemente en varios aspectos que ahora examinaremos. El primero de estos temas es el valor del esfuerzo. ¿De veras el esfuerzo es irrelevante en las sociedades actuales? ¿Cómo definir esfuerzo y qué relación se establece con el talento?

La RAE lo define como “empleo enérgico del vigor o actividad del ánimo para conseguir algo venciendo dificultades”. Examinemos el ejemplo de dos jóvenes, uno trabaja en la Construcción y el otro se matricula a un Grado Universitario. Ambos, el obrero de la construcción y el estudiante, tienen el mérito de dirigir su energía hacia determinados fines, valiosos para el bien común. Difícil aseverar cuál de los dos tiene mayor mérito, y en este punto tendría razón Sandel. Pero ambos seguro que tienen mayor mérito que un obrero de la construcción que evita las tareas más duras, o un estudiante que prefiere todo tipo de fiestas a ponerse a estudiar, y aprueba diversas asignaturas por la mínima, gracias a su magnífica inteligencia. (La persona talentosa que no se esfuerza... ¿no debería tener algún tipo de sanción?, le preguntaríamos a Sandel).

Otro ejemplo: ¿se esfuerza igual un médico que realiza una minuciosa anamnesis y exploración física, en relación con otro médico que se conforma con diagnósticos realizados por otros colegas? Indudablemente sus resultados serán diferentes, pero muchos pacientes no lo notarán. Sin embargo, desde el punto de vista del director de este Centro de Salud, o un experto en calidad, ¿es lo mismo uno que el otro? Indudablemente la aportación de valor del uno y del otro, a la vida de sus pacientes, es abismal. ¿No resulta lógico que proporcionen a uno y otro un trato diferencial?

Por desgracia en la mayoría de los centros asistenciales del Servicio Nacional de la Salud ambos médicos tendrán el mismo trato, ganarán lo mismo, e incluso el médico más escrupuloso y esforzado será penalizado con mayor carga de trabajo, (los pacientes querrán visitarse con él o ella, generándole una sobrecarga de trabajo

sin repercusión alguna sobre su salario). Los profesionales de la Salud que tenemos experiencia directiva sabemos que eso ocurre en el Servicio Nacional de Salud, y que, si no se introducen herramientas como la carrera profesional, los incentivos sobre resultados y otros recursos de gestión, los mejores profesionales acaban desistiendo de su esfuerzo. Y no solo de su esfuerzo, ¡incluso de su talento!, porque de esta manera logran pasar desapercibidos entre el resto de sus colegas, y evitan el sobre coste de ser los mejores.

Esta es la realidad en sistemas sociales complejos que se socializan para beneficio de todos, como son la educación o la sanidad. Si no se corrige la estricta igualdad predominan los incentivos negativos sobre el esfuerzo y el talento de los profesionales. Y el ser humano es suficientemente inteligente para revertir la situación, ¡sobre todo aquel profesional que destaca precisamente por su inteligencia! O bien se las arreglará para ocupar un lugar de liderazgo (y, de tal manera, adquiere algunas ventajas en esta nueva posición), o bien preferirá pasar desapercibido (y, al menos, no tener las desventajas -los desincentivos- de ser señalado como esforzado y talentoso), o se abrirá camino en otro entorno que le ofrezca incentivos (emigrará o abrirá un consultorio privado).

Un refrán popular resume lo que muchos filósofos no son capaces de comprender (por ejemplo, Sandel). Dice así: *“me engañarán en el salario, pero no en el trabajo”*. Es decir, si percibo que me pagan por debajo de mis méritos, (= esfuerzo + talento), lo voy a contrarrestar trabajando menos o con menor implicación. En mi experiencia como directivo este refrán se cumple escrupulosamente. Y por eso a comienzos de este siglo XXI fue imparable la introducción de la carrera profesional y los incentivos económicos sobre resultados en las diferentes Comunidades Autónomas del Servicio Nacional de Salud de España. Una vez se implantaron en algunas de las comunidades pioneras, el resto no tuvo más remedio que imitar el diseño, pues se percibía como injusto -por parte de los profesionales de estas otras comunidades rezagadas- no disponer de estas posibilidades de promoción horizontal.

Es indudable que Sandel tiene razón cuando afirma que la valoración del mérito muchas veces es injusta, pero con toda probabilidad cometeríamos mayor injusticia si no tuviéramos en cuenta para nada el mérito. Posiblemente no hay ninguna sociedad tan igualitaria como para que no haya tenido en cuenta el mérito en algún momento y para determinadas personas. La URSS confería mérito a quienes eran militantes del PCUS, como lo hace en la actualidad China, o Corea del Norte, o Cuba... Por otro lado, un buen matemático tiene asegurado un buen puesto de trabajo en cualquier sociedad avanzada. ¿Resulta más justa la *nomenklatura* de la URSS o las ventajas meritocráticas que adquiere un buen matemático?

LA VALORACIÓN DEL MÉRITO SUPERA EL MARCO PERSONALISTA: SU IMPORTANCIA ES SISTÉMICA.

La atribución de mérito es insoslayable y lo mejor que podemos hacer es manejarla con esmero, prudencia y justicia. Y eso es así porque las sociedades compiten entre sí, y deben tensionarse para no perder la carrera de innovaciones que caracteriza nuestra época. Luchamos contra la tendencia acomodaticia de cada uno de nosotros... y hasta aquí el enfoque personalista. Pero este enfoque personalista tiene consecuencias sistémicas de gran relevancia. Examinemos ambos aspectos:

En primer lugar, ¿en verdad somos a tal punto acomodaticios?

Esta pregunta nos lleva a visiones polares enfrentadas sobre la naturaleza humana. Rousseau y Sandel, entre otros muchos, lo negarían con vehemencia, en tanto que la mayoría de las personas sin formación filosófica, profesionales de la gestión, o políticos liberales, lo afirmarían. Quizás una parte de esta visión tan polar se deba a que partimos de una definición diferente de la pereza.

Si entendemos pereza como pasividad, deberíamos darle la razón a Sandel: no somos perezosos. Somos animales inquietos que siempre nos traemos algo entre manos. Siempre estamos ocupados, de una manera o de otra. Pero si definimos pereza como resistencia a cambiar de actividad, o a cambiar hábitos adquiridos, o a cambiar actitudes.... Es decir (en sentido positivo) si definimos pereza como inercia,

en tal caso sí aparecemos los humanos como animales inerciales. Los menos inerciales del planeta, desde luego, porque nos vemos casi obligados a renovar hábitos y actitudes por la fuerza de nuestro entorno. Con palabras sencillas: definamos pereza como resistencia al cambio, a cualquier tipo de cambio; definamos también pereza como apego a las rutinas. Y definamos esfuerzo como lo contrario.

Pero todo ello no sería importante si no tuviera un efecto “cascada” sobre el conjunto de la sociedad. La pereza, como el esfuerzo, son tremendamente contagiosos. Y los pequeños gestos de cada uno de nosotros, los proyectos particulares, las ambiciones personales y profesionales, se acumulan para dar un rumbo a nuestras sociedades. Cuando hablamos de la necesidad de tener una política industrial, medioambiental, educativa, etcétera, estamos hablando de maneras de orientar las ambiciones personales hacia objetivos del bien común. A un nivel “micro” estas políticas se traducirán en maneras de ponderar el esfuerzo personal y colectivo, y pueden hacerlo mediante un criterio de “café para todos”, o admitiendo que las contribuciones al bien común serán desiguales, y que -en correspondencia-, desiguales también deberán ser los premios o privilegios.

La riqueza de una sociedad moderna estriba en tener seguridad jurídica, una ciudadanía culta, especializada, cívica – y, en este sentido, que constituya capital social- y, finalmente, que sea capaz de hacer las cosas bien, y además que sea capaz de innovar. La innovación (y su correlato más tangible, las patentes) constituye el petróleo del siglo XXI, la gran fuente de riqueza de las naciones. Si no tenemos innovación deberemos tener recursos naturales para suplirla. Eso ocurre con los países poco desarrollados: venden sus recursos naturales. En parte España, vendemos historia y entorno natural, en formato turismo. Por fortuna también tenemos sectores primarios, industriales y terciarios potentes. Y resulta aleccionador que las partes más socializadas de nuestra actividad, la sanidad y la enseñanza, hayan tenido que introducir elementos de meritocracia para no perder el ritmo del resto de la sociedad, y, con ello, la confianza que le depositan los ciudadanos.

La negación del esfuerzo como mérito forma parte de un sistema ideológico que idealiza al ser humano. Una suerte de “bonismo” ha decretado en determinados ambientes políticos una imagen del ser humano por la que ya no somos violentos, ni perezosos, ni egoístas, ni aprovechados.... y si vemos conductas de este tipo es porque la sociedad es injusta, o la cultura nos ha enseñado este tipo de conductas “anti-naturales”. Rousseau en estado puro.

Por desgracia por más empeño que pongamos en creer algo, este algo no deviene realidad. En cambio, esta creencia tiñe la manera de ver el mundo de un color de rosa que nos aleja de la realidad. Si definimos pereza como inercia, rutina, acomodo, veremos con mayor claridad lo que significa esforzarse. Esforzarnos es trabajar duro pero mucho más.... Es también aprender cosas nuevas, reinventarse como profesional, rectificar, pensar cómo hacer las cosas de manera más sencilla y con mayor eficacia, innovar, patentar, investigar... Y el efecto “cascada” y “contagio” de una sociedad organizada sobre el principio del “café para todos”, en relación con otra sociedad organizada sobre una meritocracia prudente y que revisa constantemente sus criterios bajo el prisma de la justicia, son -en términos históricos- abismales.

LA JUSTICIA COMO REGULADOR

Esta última consideración sobre las sociedades dinámicas o esclerosadas nos sitúa en otro aspecto crucial: la relación entre desigualdad, creación de riqueza y justicia.

Sandel podría perfectamente ampararse en el liberalismo del Estado del bienestar de Rawls (7), y su discurso (con algunas modificaciones) ganaría consistencia. Recordemos la idea fundamental de Rawls: acepta las desigualdades siempre que reviertan en beneficio de la comunidad. Por consiguiente, la sociedad debe permitir que la persona con talento desarrolle su potencial. Posteriormente esta persona deberá devolver una parte de lo ganado a la sociedad.... Para explicar su

posición Rawls nos dice: “si usted antes de nacer tuviera que escoger en cuál de estas cuatro sociedades vivirá, ¿cuál preferiría?” (Tabla 2).

TABLA 2: ESTRATEGIAS DE EQUILIBRIO ENTRE FAVORECIDOS Y DESFAVORECIDOS (modificada de Rawls, (7)).

	Reparto de Bienes Primarios en distintas sociedades			
	Sociedad A (igualitarista)	Sociedad B (igualadora)	Sociedad C (competitiva)	Sociedad D (de mercado)
Ciudadano favorecido con talento y capacidad de esfuerzo	10 unidades de bien primario	15 unidades de bien primario	20 unidades de bien primario	25 unidades de bien primario
Ciudadano desfavorecido	10 unidades de bien primario	15 unidades de bien primario	16 unidades de bien primario	10 unidades de bien primario
Comentario	Igualdad absoluta sin equidad	Permiso que los más capaces trabajen más, pero no los premio	Premio a los más favorecidos, pero una parte de lo que producen lo doy a los desfavorecidos	Permiso que los más favorecidos se enriquezcan sin ventajas para los más desfavorecidos

En la Sociedad “A” (la llamo yo “igualitarista”) existiría una igualdad absoluta en la ganancia de gente favorecida por el talento versus las menos favorecidas. La mala noticia de la sociedad “A” igualitarista es que el talentoso no puede desarrollar

sus iniciativas. En la “B” (que me tomo la libertad de adjetivarla como igualadora) los talentosos sí podrían desarrollar su potencial, pero no tendrían premio, todo lo que ganaran por encima de un máximo se lo llevaría el Estado para repartirlo. En la sociedad “C” (que llamo sociedad competitiva) se les permite disfrutar de una parte de lo que ganan, pero otra parte deberá servir para fortalecer el bien común y a los más desfavorecidos. En la sociedad “D”, regida por leyes estrictas de oferta y demanda, (por ello la etiqueto como “de mercado”), todo lo que ganan los más favorecidos se lo quedan.

Entiendo que Sandel apuesta claramente por la sociedad “B”, igualadora. Para él la sociedad “C”, competitiva, activa una envidia corrosiva de los menos favorecidos hacia los meritócratas y, sólo por eso, no debiera considerarse una opción válida. No sólo por el insulto moral de contemplar cómo otras personas se arrojan la soberbia del mérito, sino también porque esta envidia permitiría a los más poderosos manipular a una parte de la sociedad hacia un populismo destructivo.

Rawls también reconoció que este era un problema para la sociedad “C”, competitiva, pero consideró que un cálculo racional y una deliberación democrática, (*equilibrio reflexivo*, lo denominó), tenían que permitir contrarrestar este sentimiento. Sería poco comprensible, desde la perspectiva de los partidarios de la sociedad C, que los menos favorecidos renunciaran a mayores beneficios sólo por la envidia de ver a su vecino con un Porsche, mientras ellos tienen que conformarse con un utilitario... Pero al menos tienen este coche utilitario, que quizás en la sociedad “A”, igualitarista, o “B”, igualadora, ¡no lo podrían disfrutar! Además, las ventajas de vivir en una sociedad “C”, competitiva, es que nuestros hijos disfrutarán de las innovaciones introducidas en campos de actividad muy variados, mejoras que con el paso del tiempo reparten los beneficios cada vez entre más personas. (Pensemos por ejemplo en las patentes de fármacos que caducan a los 10 años, y pasan a ser fármacos “genéricos”, con precios ajustadísimos).

Posiblemente esta discusión entre la opción sociedad “B” versus sociedad “C” es en exceso abstracta, y la realidad de nuestras sociedades es bastante más dura.

Resulta que la riqueza de las naciones no es un hecho aislado, sino que diferentes naciones competimos por los bienes de la naturaleza y por el dominio de los mercados internacionales. Esta lucha requiere el máximo talento. Como decíamos más arriba, el petróleo del siglo XXI son las patentes, apoyadas por leyes que garanticen los beneficios sobre estas patentes. ¿Puede una sociedad igualadora competir con otra de tipo competitivo en la producción de patentes?

Sin embargo, muchas personas, sobre todo en EE.UU., perciben que las sociedades competitivas “se han pasado de la raya”. Quizás esta percepción esté justificada, sobre todo porque EE.UU. más parece una sociedad tipo “D”, de mercado puro y duro, que de tipo “C”, competitiva. Las sociedades regidas fundamentalmente por leyes de mercado han superado lo que Rawls llama “punto D” (ver Figura 1), y los menos favorecidos, que Rawls denomina en la figura 1, LAG: (Less Advantatged People), reciben menos bienes primarios que si estuvieran en una sociedad “B” - igualadora- o “C”,-competitiva. Desde mi punto de vista se produjo en los EE. UU de Trump un efecto pendular por el que una parte de la sociedad creó un enemigo externo, los emigrantes, e interno, los tecnócratas del Partido Demócrata, a los que responsabilizaba de todos los males. Trump tuvo la habilidad de dirigir esta rabia hacia el partido demócrata, pero ni siquiera atacó la meritocracia como falsa, engañadora y origen de desigualdad. En realidad, Trump no atacó en ningún momento la desigualdad, en absoluto, sólo alimentó la ira. Sloterdijk hace años nos mostró la manera como puede manipularse -e incluso acumularse-, la rabia y la ira (9). El resultado es una sociedad que se acerca con Trump al punto “F” de la figura 1.

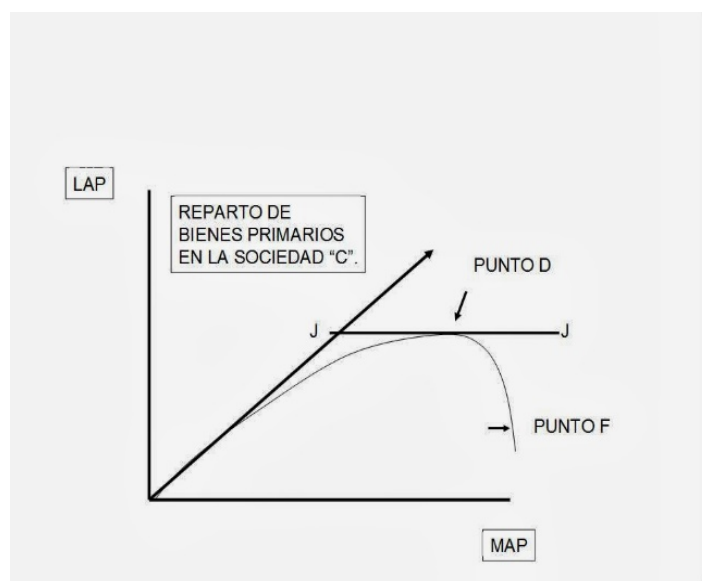


Figura 1.- Punto "D": la desigualdad repercute negativamente sobre los menos favorecidos. LAG: Less Advantatged People. MAP, Most Advantatged People

Pienso que desde Europa vemos las cosas diferente, y ponderamos las aportaciones de los MAP (Most Advantatged People). ¿Hubiera sido posible fabricar millones de vacunas anti-Covid en tan sólo un año en una sociedad tipo "A" o "B"? Sin duda los MAP tuvieron un papel destacado en este éxito, y cabe recompensarlos. Eso sí, con la justicia que enunciara Rawls, equitativa y cuyo efecto final sea cohesionar a la sociedad.

ALGUNAS DIFICULTADES DE LAS SOCIEDADES COMPETITIVAS

Sandel tiene razón cuando afirma que el reconocimiento social de determinadas profesiones no es sólo un problema de mercado, sino fundamentalmente político. Perfiles como el trabajo social, el cuidado de ancianos o colectivos vulnerables, no están ni estarán en la preocupación de los mercados, pero si debieran estar entre las preocupaciones de los políticos. Las personas que se dedican a estas tareas solidarias tienen que hacerlo primariamente porque entienden el valor social de su trabajo, pero es de pura justicia que reciban un salario digno y

proporcional a su aportación. Este salario no les sería reconocido por un mercado capitalista no regulado, tipo sociedad “D”, de mercado.

Ahora bien, no basta con reconocer estos perfiles profesionales: de nada serviría si estas personas no trabajaran en instituciones igualmente apartadas de las leyes del mercado. Dicho de otra manera: las sociedades competitivas, pero con sensibilidad hacia el bien común, se han visto obligadas a socializar determinados sectores. Estamos hablando, en muchos casos, de la Enseñanza y la Sanidad, ya sea de manera parcial o total.

La convivencia de estos sectores socializados, en el contexto de una sociedad mayoritariamente regida por leyes de mercado, lleva a dos tipos de fenómenos relevantes:

1. Estas parcelas socializadas de nuestra sociedad, cuando la economía va bien, quedan en desventaja. Los profesionales de la educación y de la sanidad públicas perciben que están en una situación de desventaja salarial, en relación con colegas que trabajan en el ámbito privado. Cuando las cosas van mal, por ejemplo, la crisis económica del 2008, sus puestos de trabajo quedan preservados, y serán sus colegas del sector privado quienes los mirarán con envidia.
2. Pero lo más interesante no es este efecto pendular.... Lo más interesante es que las sociedades avanzadas han necesitado introducir políticas meritocráticas para que estas parcelas socializadas del Estado alcanzaran cotas de eficiencia acordes a las expectativas de la sociedad. De no ser así una parte de los funcionarios se encontraba tan empoderado frente al ciudadano que no precisaba rendir cuentas, ni justificar su salario ante el contribuyente. En el caso de salud y educación quizás las cosas eran algo distintas, porque el ciudadano podía encararse directamente a estos profesionales y hacerles pasar un mal rato... Pero una parte de los funcionarios que trabajaban en estas áreas se las apañaban para contentar al

ciudadano con un mínimo esfuerzo y, por tanto, con mínimas ganancias de calidad para el sistema en su conjunto.

Como apuntábamos más arriba, cuando se introdujo la carrera profesional en el ámbito de enfermería y medicina, se produjo un cambio significativo en indicadores de resultados como calidad de prescripción, intervenciones quirúrgicas, estancias hospitalarias, etcétera. Algunas personas alegaron que un buen profesional no necesitaba incentivos económicos para dar lo mejor de sí mismo, y tenían razón. Pero las cosas son como son, los humanos somos como somos, y la introducción de este tipo de políticas tienen el resultado que tienen. Si renunciamos a las políticas meritocráticas por un reparo moral, deberíamos asumir importantes pérdidas en el orden material. Los efectos de estas pérdidas podrían tener efectos, a su vez, en el orden moral, y quizás nos harían ser menos solidarios y peores personas. Es cierto que Cuba asumió un régimen igualitarista sin este desgaste moral, al menos inicialmente. Cuba, como en un primer momento la URSS, disfrutaron de unas primeras generaciones que suplieron con ideología las desventajas de un sistema igualitarista. Generaciones posteriores no suficientemente ideologizadas ponen en marcha el refrán de “me engañarán en el salario, pero no en el trabajo”. Venezuela no ha gozado ni tan siquiera de una primera generación suficientemente ideologizada, y se ha sumido en la debacle. Lo más lamentable es constatar como incluso en estas sociedades que realizaban un serio intento igualador, al final se impuso una *nomenklatura*, una casta, que recibía prebendas sin otro mérito que estar cerca del poder.

UNA SOCIEDAD INNOVADORA ESTÁ ABOCADA A DIVERSOS GRADOS DE DESIGUALDAD.

Sandel rehúye discutir en profundidad todos estos aspectos, pero sobre todo no se plantea hasta qué punto la desigualdad es un efecto ineludible de progreso económico. Cuando alguien se inventa una nueva manera de cubrir necesidades o deseos de las personas, equivale a algo así como descubrir un filón de oro. Grandes corporaciones han tenido este origen, (Amazon, Google, Apple, Facebook, etcétera.),

y han amasado fortunas. Pero en un segundo momento su innovación se ha socializado y aparecen competidores que acceden a parte del pastel, bajan costes y reparten este nuevo filón a más personas. En su momento fueron los barcos de vela, los molinos de viento, las máquinas de vapor, los coches, los ordenadores domésticos, etcétera. Cada uno de estos inventos produjo una gran desigualdad inicial, pero después se repartió el beneficio. La novedad es que ahora un filón de oro puede ser un hallazgo en la logística del reparto de bienes, (Amazon), en cómo disfrutar de un apartamento vacacional, (Airbnb, Booking), o coger un taxi sin esperar, (Uber).

Las sociedades desarrolladas estamos compitiendo y cooperando unas con otras y unas contra las otras. Si cercenamos esfuerzo y talento actuamos a medio plazo sobre la mayor fuente de riqueza de estas sociedades: la innovación. Pero este mundo real le está vedado a Sandel porque en ningún caso se plantea el grado de desigualdad que una sociedad podría y debería tolerar (punto D de Rawls, Figura 1). Si le hiciéramos caso a Sandel, -más allá de las buenas palabras fruto de conversaciones de corte “bonista”-, no nos dirigiríamos a un futuro más justo y ecológico, sino sencillamente más pobre.

LOS MOTORES DEL POPULISMO

Una de las tesis de Sandel es que la soberbia meritocrática está en la base de la revolución populista- autoritaria que estamos viviendo. Los partidos socialdemócratas tienen en ello una importante responsabilidad, nos dice.

¿Son suficientes las citas que aporta Sandel de discursos de Hillary Clinton y Obama, para validar este abandono de las clases trabajadoras por la socialdemocracia? Sería más lógico examinar las políticas que pusieron en marcha. El Obamacare, por ejemplo, rescató a 35 millones de americanos de la indigencia sanitaria... ¿es eso abandono? ¿Y las ayudas a madres solteras y otros colectivos vulnerables que Trump eliminó?

En una interesante conversación entre Harari y Sandel (10), este le pregunta a Harari si comparte la idea de la meritocracia como motor del populismo. Sintetizo la

respuesta del historiador: “quizás sea la causa en EE. UU., pero se trata de un problema que ocurre en muchas partes del mundo. (...) En EE. UU. la pérdida de privilegios de la clase trabajadora debido a la globalización puede ser una razón del ascenso del populismo autoritario, pero en otras partes del mundo, como Turquía, India o Brasil, se han beneficiado enormemente de la globalización”. Por otro lado, añade Harari, ¿por qué razón la gente apuesta por fuerzas antidemocráticas para solventar las desigualdades? ¿Por qué no apostar por otros partidos que también defiendan posiciones igualitaristas, pero en el marco democrático? ¿Y por qué razón los más ricos quedan preservados de la ira popular? Al final los más perjudicados por estos movimientos son las minorías vulnerables (inmigrantes, LGTBI, etcétera.) y las mujeres.

La respuesta de Sandel es previsible.... Los partidos de centroizquierda fallan a las masas populares. “El éxito del populismo es un síntoma del fracaso de las políticas socialdemócratas”, contesta. Han fallado en su misión de frenar los excesos del capitalismo. En lugar de eso los socialdemócratas adoptaron la ideología meritocrática.

Desde el punto de vista de Harari el nacionalismo constituye una fuerza positiva enorme. Es un sentimiento que permite cooperar a millones de personas bajo la premisa de que por el hecho de compartir patria son buenas personas. También este sentimiento de cooperación permite cambios en el poder, porque quien resulta elegido no es el diablo en persona, sino un igual que desea lo mejor para todos, aunque le consideremos un adversario que se equivoca en muchos aspectos.

Pero, continúa Harari, este nacionalismo puede ser destructivo cuando en lugar de promover la cooperación opta por señalar a enemigos internos o externos como causa de todos los males. Ello puede ocurrir cuando la sociedad se repliega sobre sí misma ante retos complejos, temerosa por un futuro incierto. Líderes que son tribales, no patrióticos, se alzan proponiendo soluciones sencillas a problemas complejos: los inmigrantes tienen la culpa de todo, los islamistas, etcétera. Y una parte

de la sociedad llega a odiar a la otra parte, porque cree que aquellos que no abrazan sus convicciones ponen en peligro el modelo de vida que desean para sus hijos.

Por consiguiente, el populismo de tipo nacionalista activa fuertes emociones y puede hacerlo desde la cohesión o desde el fraccionamiento de la sociedad, (creación de un enemigo y buenos contra malos en el interior de la misma sociedad). La gran pregunta es: ¿y por qué sociedades beneficiadas por la globalización y en plena expansión desarrollista abrazan el populismo? La gran desigualdad entre pobres y ricos es la explicación que brinda Picketty y otros autores como Sandel y Rendueles. Para Harari es un factor que debe tomarse en cuenta, pero no explica por qué se prefiere un Bolsonaro o un Trump a un partido de izquierdas radical. Quizás exista una explicación sencilla e incómoda: se prefiere un Bolsonaro o un Trump porque la gente se identifica con sus fortunas y cree que ellos o sus hijos podrán formar parte de esta sociedad privilegiada. Solo cuando tiene la certeza de que la desigualdad no solo le perjudica en el presente, sino que persistirá en el futuro, opta por soluciones igualitaristas representadas por partidos de izquierdas.

CONSECUENCIAS PRÁCTICAS QUE TENDRÍA ANULAR LA MERITOCRACIA.

Algunas de las propuestas de Sandel y Rendueles, esbozadas más arriba, pueden tener recorrido, e incluso algunas pueden ser urgentes (por ejemplo, garantizar un trabajo a los jóvenes). Ahora bien, imaginemos que se adopta la propuesta de Sandel de someter a lotería las plazas universitarias a todos los candidatos que aprueben la selectividad. La presión que recibirían los organizadores sería más o menos la que intentamos reflejar en el siguiente diálogo, un diálogo ficticio entre Sandel y un estudiante. Ofrecemos dos versiones del mismo diálogo, el segundo algo más favorable a las tesis de Sandel (11):

VERSION 1

-Yo quería estudiar el doble grado de matemáticas y física pero otro estudiante con un 6 de selectividad me cogió la plaza en la lotería, ¿cómo se entiende si yo tengo un 9 de media académica?

Sandel.- Es lo mejor para ti. De esta manera aprendes que todos somos iguales y aprendes a respetar todas las profesiones.

-Desde mi punto de vista es profundamente injusto. Yo me he esforzado mucho durante 4 años, he sacrificado fiestas estudiantiles, he realizado refuerzos en materias clave, mis padres han pagado profesores particulares con un gran esfuerzo económico por su parte.... Y me encuentro con este “premio”....

Sandel.-Precisamente se trata de que los padres no atosiguen a sus hijos con faenas extra-escolares y que otras personas de tu perfil disfrutéis más de la adolescencia. Es por tu salud mental.

-Mi salud mental ahora sí que va a sufrir, porque entiendo que se ha producido una grave injusticia conmigo y con gente como yo. Creo que iré a estudiar al país vecino, que me ofrece una beca... Pero no dejo de pensar que usted no ha valorado ni mi talento ni mi esfuerzo.

Sandel.- Desde luego en ningún caso tu talento, que te viene genéticamente determinado, pero tampoco tu esfuerzo, que no te hace mejor persona ni más feliz. La persona que cogió tu plaza a buen seguro se ha esforzado como tú, divertirse también requiere esfuerzo, realizarnos como personas también requiere esfuerzo. Si has preferido estudiar a salir con tus amigos ha *sido una decisión personal que respeto, pero no me pidas que te aplauda.*

-Antes de su reforma los estudiantes que ingresaban en el doble grado de matemáticas y física tenían 8 de media de selectividad, ahora 6,2.... ¿usted cree que no habrá una pérdida de coste-oportunidad?

-Sandel.- No lo creo en absoluto. El progreso de la Humanidad no lo marca una élite que acumula títulos académicos, sino la clase trabajadora con su sacrificio y esfuerzo...

-¡Ah!, vaya, ¿ahora me habla usted de sacrificio y esfuerzo? Creía que estos conceptos no entraban en su cálculo...

-Sandel.- Es verdad, vamos a borrarlas. Digamos que el progreso de la Humanidad no debe ser material, sino moral, y la meritocracia nos aleja de la buena vida.

-Tal vez en un mundo ideal, pero estamos en un mundo que enfrenta pandemias y cambios en el clima... ¿Usted cree que es casualidad que las mejores vacunas provengan de los países que son mas meritocráticos?

-Sandel.- Porque dominan los mercados, sino hubieran sido estos, habrían sido otros países.

-Seguramente, pero ¿Quiénes habrían desarrollado estas vacunas en estos otros países? Gente suficientemente formada, gente talentosa y esforzada al nivel de estas sociedades. La calidad nunca surge del azar ni de la casualidad, siempre es fruto del esfuerzo. Usted al negar mi talento y esfuerzo nos retrasa en la competición que mantenemos con otras sociedades avanzadas.

-Sandel.- Está justificado. Miro por la felicidad de las personas antes que la competitividad.

-Yo defino mi felicidad, y no quiero que usted la defina por mí. Y en mi caso seré feliz siendo de los mejores en el campo de estudio que he elegido. Si nuestra sociedad deja de ser meritocrática, emigraré a otra que sí lo sea, y si los jóvenes de mayor talento nos vamos, eso repercutirá negativamente en los niveles de riqueza futuros.

-Sandel.- Porque la riqueza está mal definida como crecimiento del PIB, y no como bienestar de las personas. Una ambición desmedida, como quizás sea la suya, perjudica más que beneficia a la sociedad.

Por supuesto el diálogo no acaba aquí, y deberá ser el lector quien lo complete de la manera más imaginativa y rigurosa posible.

He aquí el mismo diálogo, pero algo más favorable a Sandel (11):

VERSIÓN 2

-Yo quería estudiar el doble grado de matemáticas y física pero otro estudiante con un 6 de selectividad me cogió la plaza en la lotería, ¿cómo se entiende si yo tengo un 9 de media académica?

Sandel.- No parece necesaria una puntuación mayor que 6. Puede que el tu resultado esté condicionado por tus facilidades sociales y personales, pero es una manera de dar oportunidades a todos pues hemos visto que el anterior sistema no generaba menor desigualdad. De todas formas es algo que se evalúa cada año, si se llegase a considerar que la nota de 6 fuese insuficiente se cambiaría.

-Desde mi punto de vista es profundamente injusto. Yo me he esforzado mucho durante 4 años, he sacrificado fiestas estudiantiles, he realizado refuerzos en materias clave, mis padres han pagado profesores particulares con un gran esfuerzo económico por su parte.... Y me encuentro con este "premio"....

Sandel.- Seguramente la persona que accede con un 6 también es posible que haya trabajado mucho pero no ha obtenido mejor nota, igual no ha tenido la suerte de unos padres que han seguido muy de cerca su desarrollo académico. Una hipercompetitividad no va en favor de una buena salud mental

-Mi salud mental ahora sí que va a sufrir, porque entiendo que se ha producido una grave injusticia conmigo y con gente como yo. Creo que iré a estudiar al país vecino, que me ofrece una beca... Pero no dejo de pensar que usted no ha valorado ni mi talento ni mi esfuerzo.

Sandel.- ¿Crees que el talento y el esfuerzo únicamente se refleja en el resultado del SAT y la secundaria? ¿No hay otros aspectos también importantes que pueden favorecer estos resultados y es un deber de la sociedad tratar de reequilibrarlos?

-Antes de su reforma los estudiantes que ingresaban en el doble grado de matemáticas y física tenían 8 de media de selectividad, ahora 6,2... ¿usted cree que no habrá una pérdida de coste-oportunidad?

-Sandel.- Pues la verdad no lo sé... pero las consecuencias de una meritocracia excesiva están a la vista. No es que no se valore el mérito, sino su exceso cuando ya sabes que no todo depende de uno mismo, de tu sacrificio y esfuerzo...

-¡Ah!, vaya, ¿ahora me habla usted de sacrificio y esfuerzo? Creía que estos conceptos no entraban en su cálculo...

-Sandel.- Pues no, y tanto que entran en mi cálculo. Pero no todos los valores, en este caso el mérito, son absolutos y se han de tener en cuenta otras circunstancias.

-Tal vez en un mundo ideal, pero estamos en un mundo que enfrenta pandemias y cambios en el clima... ¿Usted cree que es casualidad que las mejores vacunas provengan de los países que son mas meritocráticos?

-Sandel.- No confundas meritocracia con Justicia. Y si te refieres a EEUU no deberías confundir meritocracia con credencialismo. Supongo que conoces la desigualdad en EEUU. ¿El hecho de que hayan desarrollado una vacuna es un “chantaje” que deberíamos aceptar por el progreso? ¿No tenemos responsabilidad en tratar de definir, como sociedad, lo que es el bien común?

-Seguramente, pero ¿Quiénes habrían desarrollado estas vacunas en estos otros países? Gente suficientemente formada, gente talentosa y esforzada al nivel de estas sociedades. La calidad nunca surge del azar ni de la casualidad, siempre es fruto del esfuerzo. Usted al negar mi talento y esfuerzo nos retrasa en la competición que mantenemos con otras sociedades avanzadas.

-Sandel.- Sí y también del esfuerzo de la sociedad. ¿Sabes cuantos fondos públicos alimentaron a Moderna o Pfizer o a Apple?

-Yo defino mi felicidad, y no quiero que usted la defina por mí. Y en mi caso seré feliz siendo de los mejores en el campo de estudio que he elegido. Si nuestra

sociedad deja de ser meritocrática, emigraré a otra que sí lo sea, y si los jóvenes de mayor talento nos vamos, eso repercutirá negativamente en los niveles de riqueza futuros.

-Sandel.- No trato de definir tu felicidad y no digo en ningún momento que no se tenga en cuenta los méritos, sino que es una cuestión de justicia moderar sus consecuencias.

AGRADECIMIENTOS

Las siguientes personas han leído el manuscrito en una fase previa y han realizado importantes aportaciones. Sin embargo, ello no significa que estén parcial o totalmente de acuerdo con lo que aquí se expone. Por otro lado, cualquier error u omisión son de mi exclusiva responsabilidad. Mi agradecimiento a Rafael Manzanera, Marc Antoni Broggi, Vicente Morales, Elena Sorroche y Pablo Hernando la lectura y comentarios. Pablo Hernando es además el autor del segundo diálogo.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICAS

1.-Young M. *The Rise of the Meritocracy* (1870-2033): An Essay on Education and Equality (1958). (London: Thames and Hudson, 1958).
Accesible en:

https://kuangaliablog.files.wordpress.com/2017/04/michael_young_the_rise_of_the_meritocracy_classbookfi.pdf

2.- Young M. *¡Abajo la meritocracia!* The Guardian, Friday 29 Jun 2001

Accesible en:

<https://www.theguardian.com/politics/2001/jun/29/comment>

Traducción al español accesible en:

<https://web.archive.org/web/20061110223548/http://www40.brinkster.com/celtiberia/meritocracia.html>

- 3.- **Markovits D.** *The Meritocracy Trap*. Penguin Press. London 2019.
- 4.- Sandel Michael J. *La tiranía del mérito*. Debate. Bcn, 2020.
- 5.- Rendueles C. *Contra la igualdad de oportunidades*. Seix y Barral. Barna 2020.
- 6.- Hayek FA. *Los fundamentos de la libertad*. Unión Editorial. Madrid 2008.

Accesible en versión original (en inglés) en:

<https://iea.org.uk/sites/default/files/publications/files/Hayek%27s%20Constitution%20of%20Liberty.pdf>

- 7.- Rawls, *A theory of Justice*, The Belknap Press of Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts, 1979.
- 8.- Picketty, T., *El Capital en el siglo XXI*, FCE México DF, 2014.
- 9.- Sloterdijk, P. *Ira y tiempo*, Siruela, Madrid, 2010.
- 10.- Harari, Y., Sandel, M., *Los dilemas de un mundo que colapsa*, 29 Nov. 2020.

Accesible en:

https://www.youtube.com/watch?v=iksNSsnwg_Q

- 11.- Hernando P. Es el autor de este segundo diálogo.

Francesc Borrell i Carrió

Profesor titular Departament Ciències Clíiques

Cómo citar este artículo:

Borrell i Carrió, F., "La meritocracia a examen", *Folia Humanística*, 2021; 6 (2) 24-53. Doi: <http://doi.org/10.30860/0082>.

© 2021 Todos los derechos reservados a la *Revista Folia Humanística* de la Fundación Letamendi Forns. This is an open access article.